

¡Un, dos, tres por mí!

Por el éxito y por todos mis compañeros

Inspirado en hechos reales

Prólogo de Yordi Rosado

Gerry G. Loa

PRÓLOGO

Conocí a Gerardo Loa, autor de este libro, una mañana (más bien casi de madrugada) en mi programa de radio. Es de esas personas imposibles de olvidar; no sé si los locutores estábamos amodorrados, medio dormidos, semidespiertos o las tres anteriores, pero su presencia nos despertó a todos. Una imagen impecable (de esas imágenes que dejan muy, muy atrás a las primeras buenas impresiones), una gran presencia y una apabullante facilidad para hablar, porque apenas eran las 6:15 de la mañana, e iba a cerrar un negocio con una de nuestras conductoras. En dos cortes comerciales ya lo había cerrado, nos dió una tarjeta de su compañía a todos, se despidió de mano de cada una de las personas presentes y se retiró.

Cuando salió me quede pensando, “esta persona tiene toda la imagen del éxito”.

Después lo conocí mejor, visité sus oficinas, conocí su forma de trabajar, sus principios y los valores con los que alimentaba a todo su equipo, y sí, no sólo era la imagen. Era el paquete completo; me di cuenta que era un hombre exitoso en muchos aspectos.

Para dar un ejemplo muy sencillo, la segunda vez que lo vi, me dijo “tengo muchas ganas de escribir de un libro”, le contesté “ah órale, qué padre” (o sea, no sabía que tan en serio era el comentario), y hoy estoy aquí escribiendo el prólogo.

Siempre que conozco a una persona que a todas luces se ve que es exitosa, me gusta preguntarle qué fue lo que hizo para llegar ahí, pero este libro me sorprendió y me dio una respuesta mucho más amplia y completa del concepto del éxito.

¡UN, DOS, TRES POR MÍ! POR EL ÉXITO Y POR TODOS MIS COMPAÑEROS, es un libro que no sólo te enseña cómo lograr un éxito profesional, sino que nos explica lo que el éxito puede significar verdaderamente en nuestras vidas.

Nos enseña que el éxito va mucho más allá de lo material y del poder, que nos abre muchas puertas y alguna que otra ventana (panorámica, por cierto) para realizar lo que realmente nos hace felices, a aprender, a evitar el famoso y muy chapucero “no puedes” a transitar la ruta de la aceptación, el amor, las dificultades y el sentido de la vida, a aprender a estar verdaderamente aquí y ahora, a obtener frutos del poder de la planeación y hasta encontrar apoyo de tu niño interior, que es una de las fuerzas más grandes que muchos no sabemos que tenemos.

Pero lo que más me gusta de todo esto es la envoltura del regalo. En ¡UN, ¡DOS, TRES POR MÍ! POR EL ÉXITO Y POR TODOS MIS COMPAÑEROS, Pablo y Matías, dos niños de 9 años, nos llevan literalmente de la mano (y a veces hasta del pie) a aprender y entender toda esta información de una manera suave, deliciosa, clara y muy práctica. Nos hacen cómplices de ellos, de sus aventuras y de algunas sorpresas que sólo 69 años te podrán explicar.

Este es un libro que te dará una visión más objetiva del éxito económico y lo más sensible del éxito espiritual.

Porque, al fin y al cabo:

Los niños (de algunos autores) siempre dicen la verdad.

YORDI ROSADO

Presentación

De una o de otra manera tenía que encontrar el rumbo y comenzar a compartir mi hallazgo.

Este libro comenzó como una idea. En esa idea yo inicié solo, pero pronto me sorprendí al encontrar personas maravillosas en el camino. Personas que van en la misma dirección que yo. Algunas de ellas me han enseñado que existen miles de maneras de pensar y diferentes formas de encontrar lo que se está buscando. Me han ayudado a entender que hay infinitos caminos para acceder al rumbo correcto.

No obstante, también he aprendido que en la vida hay experiencias que no es posible esquivar. Caminos que se deben andar para comprender el porqué de esta maravillosa etapa en la que hoy estamos, llamada *vida*.

Mi camino definitivamente era el de un solitario. Pero al descubrir mi punto de conexión con el mundo entendí que existe un puente entre cada una de las personas que llegan a tu vida y forman parte importante de un cambio. Un cambio que habrá de llevarte a lugares extraordinarios, en los que el destino es: felicidad, éxito, amor, cúspide, madurez, paz, plenitud, vida, o como tú decidas llamarlo. Entendí que estos seres mágicos te ayudan a descubrir cosas increíbles, que te hacen un ser humano más humilde y maravilloso en cada una de las grandes decisiones que tomas a lo largo de tu vida.

Mis caminos se construyeron con base en esas experiencias que otros quisieron compartirme para que retomara el rumbo a casa, cada vez que me he sentía perdido.

Al recorrer esas sendas, comprendí que debía permitirme consultar notas y experiencias de todos quienes forman parte de esta aventura, incluso de aquellos

que lograron llegar a su destino e hicieron ya su viaje al futuro. Personas que hoy ya no están con nosotros.

Lo único que puedo pedir a la vida es que cuando yo mismo emprenda ese viaje al futuro, pueda encontrarlos ahí y celebrar juntos que logramos encontrar nuestro éxito y que dejamos un mapa y una ruta para que otros puedan llegar a su propio éxito. Me sentiría orgulloso de poder ser inspiración para otros.

Este libro únicamente es una herramienta que refleja lo que esas personas especiales me han enseñado a lo largo del camino y hoy quiero compartirlas contigo.

Sé que algunos de quienes lean esta aventura se quedarán en el camino, otros encontrarán atajos o se convertirán en guías e inspiración para otros. Lo único que quiero pedirte es que, al iniciar la lectura, cierres los ojos unos segundos e invoques a ese pequeño niño hermoso que dejaste atrás en el camino un día sin darte cuenta. Dale la oportunidad de venir a jugar contigo. Invítalo y permite que sea él quien lea esta aventura, pues está escrita por y para él.

Deseo que tengas todo el éxito en tu camino y que encuentres todo lo que necesitas para conseguir lo que más deseas dentro de ti.

¡Gracias hoy a ti!

¡Sencillamente hoy es ya un día increíble!

¡Gracias de nuevo por el día de hoy!

Agradecimientos

¡UN, DOS, ¡TRES POR MÍ! ha sido un proyecto muy especial, inspirado en hechos reales en los que tuve la suerte de participar y de convivir con gente extraordinaria.

Estoy profundamente agradecido con todo mi equipo en Cassagne & Asociados y en SMNYL, que con todo su entusiasmo y energía me permiten día a día aprender, expresar y desarrollarme en la vida y en esta carrera maravillosa.

Agradezco a todos esos seres increíbles que me han compartido con mucha humildad sus grandes experiencias.

A ti, abuela: fuente de amor, energía y bondad. Nos dejaste una lección de vida tan grande en tus últimos 10 años.

A mi padre: a pesar de todo, gracias, y nuevamente gracias por dejarme ser, por dejarme tropezar, aprender y siempre fomentar en mí una visión empresarial con valores.

A ti, mi querido Víctor Feldmann: por formar una pequeña parte de esta historia. Por ser un gran líder y siempre estar dispuesto a escuchar.

A mi gran amigo y hermano Claudio Bermúdez: porque cada vez que te veo me enseñas lecciones de humildad.

A mi querido Gil Elizondo: por enseñarme que el éxito es consecuencia de un proceso. Gracias por compartirme tus conocimientos.

A mí querido Ricky: porque siempre estás dando. Por haber vencido tu miedo y por compartírmelo.

A mi gran amigo, José Ramón Silva: por ser extraordinario, por tu humildad y por abrirme la puerta de la editorial para compartir esta gran obra.

A ti, mi querida Susy Mondragón: por enseñarme a ver la vida con una perspectiva diferente y a quitar de mi espalda esa piedra tan pesada que hoy ya no existe.

A ti, Kika: por permitirme verte todos los días. Por estar hoy y poder cuidarte como a una hija.

No puede faltar el agradecimiento a mi querido Eduardo Rivera, por creer en esta mágica obra, ser parte de ella y ayudarme a encaminar la historia con tu tinta.

Y, por último, gracias a ti: por leer este libro. Estoy seguro de que dejará una semilla muy valiosa en tu interior.

Gerry G. Loa

CAPÍTULO 1 ¿Un, dos, tres por...?

Aquel domingo, Pablo sólo quería jugar con su papá a las escondidillas. No esperaba que su padre se perdiera al esconderse.

—¡Un, dos, tres por ti! —gritó Pablo al encontrar a su papá.

Ese domingo no había sido como los demás. Su mamá había tenido que salir y ellos dos estaban solos.

Pablo jugaba en su parte favorita de la casa: la sala, con su techo tan alto como el cielo y todos esos detalles de madera en los marcos de las ventanas. La enorme puerta en las molduras que hacían frontera entre los muros y el alto techo. A Pablo le daba por imaginar que eran árboles de un bosque que lo cuidaban y lo protegían.

Después del desayuno, Pablo pasó toda la mañana jugando en la sala con sus autos de juguete, pensando dónde ponerlos a competir y de qué manera los acomodaría sobre la carreterita que había construido con todas las cosas que tenía a su alcance. Una de las curvas más divertidas pasaba justo debajo de una de las patas de los sillones, como si el camino se hubiera adentrado en el ombligo de una montaña, en un larguísimo túnel de esos que parecen no tener luz al final. La sala, los juguetes y todos los adornos de mamá que estuvieron a su alcance sirvieron como circuito profesional de carreras y fueron testigos mudos del fabuloso triunfo de aquel rojo Ferrari de Fórmula 1 que su papá le había regalado un año antes, en su cumpleaños. Ese bello auto era su favorito de entre toda su colección.

Después de un largo rato, de la emoción de la victoria y de prepararse un sándwich triple de crema de cacahuete como gran trofeo; Pablo estaba algo aburrido así que decidió ir a buscar a su papá. Le gritó un par de veces y subió a

buscarlo a la recámara. Recordó que después del desayuno no lo había visto y ya era casi la hora de comer. Gritó de nuevo. En la recámara no había nadie. Escuchó entonces un ruido abajo y algo como una queja. Pablo sonrió y pensó: “Papá juega a las escondidillas conmigo. Está bien, voy a contar hasta diez. Uno, dos, tres...”. Pablo se hincó en la cama de sus papás y puso su cabeza sobre su brazo mientras contaba, como para no ver lo que ocurría. “¡...Nueve, diez! ¡Diez, papá! Listo o no, ¡ahí voy!

Pablo salió corriendo de la recámara, pasó por el pasillo y bajó las escaleras casi tan rápido como su Ferrari rojo. Pasó de largo la sala, pensando que ahí su papá no podría tener lugar para ocultarse, pero de nuevo escuchó algo que lo hizo regresar.

—¡Un dos tres por ti! —gritó emocionado Pablo al tocar a su papá, pero él no pareció notarlo, sentado ahí, en el sillón; dormido, como extraviado.

Al parecer, su papá había pasado todo ese tiempo encerrado en la cocina.

—¡Papá! ¡Un, dos, tres por ti! —insistió Pablo.

Su papá abrió con mucha dificultad un ojo y balbuceó algo que Pablo no pudo entender. Él no entendió al principio, pero de inmediato recordó: papá no estaba jugando a esconderse; papá se sentía mal. Había estado bebiendo otra vez.

En ese momento, Pablo sintió miedo. Mucho miedo. Como las veces anteriores que había visto así a su papá. Lo primero que pensó fue ir a buscar a su mamá para que ayudara a su papá, para que lo hiciera sentir mejor, pero ella no estaba y no regresaría hasta la noche. Estaban solo él y su papá. Entonces sintió el impulso de irse a su cuarto y no saber más hasta que mamá regresara, pero no logró dar ni medio paso cuando su papá volvió a quejarse, mientras ponía sus manos sobre el abdomen. Pablo ya había visto eso también. Su papá buscaba sacar toda la tristeza que tenía dentro de él y que le dolía hasta hacerlo incluso vomitar todo el alcohol que lo enfermaba. Escuchar a su padre quejarse fue como un llamado que Pablo no podía desatender. Se imaginó de pronto como el miembro de una tribu al que le conferían una tarea fundamental para todos. Sintió miedo, pero la emoción de cumplir con la tarea fue mayor.

Pablo se acercó a su padre. Lo miró, lo abrazó y lo jaló para que se pusiera de pie. El primer impulso lo hizo darse cuenta de lo desproporcionado de la tarea. Nunca antes había notado cuán pesado era su papá, porque él era siempre quien cargaba a Pablo, quien lo ayudaba a levantarse cuando se caía, quien lo ayudaba a sentirse mejor. En el instante en el que el chico pensaba todo eso, su papá abrió los ojos y lo miró directamente. Ese gesto le permitió notar cuán mal se sentía su papá en ese momento y cuánta ayuda necesitaba. Entonces todo pensamiento se diluyó y fue como si todo en Pablo estuviera de acuerdo en cumplir con esa labor que, sin entender por qué, le había sido encomendada. De un solo jalón, un lento y prolongado jalón, ayudó a su papá a ponerse de pie. Ambos se tambaleaban, pero lograron avanzar unos pasos sin pisar el Ferrari rojo y el resto de las cosas de la carreterita. Avanzaron muy lentamente hasta llegar a la escalera y, sin pensarlo, Pablo tomó la mano derecha de su papá y la colocó en el barandal, mientras lo ayudaba a subir desde el lado izquierdo. Pasaron muchos minutos antes de que lograran siquiera subir dos escalones. Tras semejante esfuerzo el papá de Pablo tuvo que sentarse para evitar las náuseas que su estado le provocaban.

Pablo no supo cuánto tiempo pasó, pero la luz del día ya era distinta cuando lograron llegar al último de los escalones. De ahí a la recámara fue entonces apenas un paso. Pablo ayudó a su papá a recostarse en la cama y cuando recordó las veces en las que a él lo llevaba cargando al quedarse dormido en la sala, supo qué hacer: le quitó los zapatos a su papá, le aflojó el cinturón, lo arropó y le colocó una almohada extra detrás de la cabeza. Los cansancios en las manos de Pablo hacían que temblaran. Eso fue lo último que vio antes de quedarse dormido junto a su padre. La tarea asignada había sido cumplida y eso lo hacía sonreír satisfecho.

Pablo no lo recordaría durante mucho tiempo, pero al dormir, soñó. En el sueño él vivía en una aldea. donde había personas como sombras y personas como luz. Todos danzaban en torno al fuego y había tambores cuyo sonido hacía que los corazones siguieran un mismo ritmo. Frente a la fogata había un objeto al que los aldeanos parecían dedicar aquella danza. Era un espejo, un espejo alto. Y su papá estaba sentado dándole la espalda al espejo. Entonces Pablo se soñó como uno de esos seres de luz y como uno de esos seres de sombra que se miraban el uno al

otro y, deteniendo la danza, miraban directamente al espejo. Ambos Pablos, el de luz y el de sombra, corrían directo al espejo, pero al pasar junto a su papá, éste los tomaba del brazo y cariñosamente les decía: “Tu tarea aún no está completa, Pablo. Debes iniciar la búsqueda...”.

En ese momento, la voz de su padre en el sueño se mezcló con otra voz: “¡Pablo, Pablo! despierta, hijo. ¡Despierta!”. Esa voz lo trajo de vuelta desde el sueño. Era la voz de su mamá que había regresado a casa.

—¿Qué pasó, hijo? ¿Te sientes bien?

Olvidándose un momento del sueño, Pablo le contó a su mamá lo que había pasado. Le contaba, emocionado, la misión que había cumplido al llevar a su papá a descansar y hacer que se sintiera mejor. Pero en su mamá la emoción de Pablo se convirtió en indignación y gritos.

—¡¿Pero, ¡¿cómo es posible?! —dijo desesperada su mamá—. Te dejo al cuidado de tu padre y resulta que tú terminas cuidándolo a él. No puedo creerlo.

Los gritos despertaron al padre de Pablo. Aún no se sentía del todo bien, pero podía escuchar y entender los gritos y la indignación de su esposa.

—Tienes razón —dijo—. No debería haber pasado esto. Lo siento.

—Pero no basta con que lo sientas. ¡Las cosas deben cambiar! ¿Cómo pudiste hacer que tu hijo viviera esto? Es un niño, él no puede...

—Te equivocas —interrumpió el papá de Pablo con una voz que se hizo de pronto mucho más clara y se dirigió a su hijo—. ¿Sabes por qué pudiste ayudarme a pesar de todo? ¿Sabes cómo lograste subirme a la recámara a pesar de que estaba tan mal? Es muy simple: porque en casa no hubo un adulto que te dijera “No puedes”.

Pablo miraba a su padre. No sólo tenía un mejor su semblante, sino que alcanzó a identificar en sus ojos una luz que no había visto antes. Después de una pausa, su papá se dirigió a la mamá de Pablo.

—¿Entiendes? Mi hijo me ayudó porque ni tú ni yo estuvimos aquí para decirle “Tú no puedes hacerlo”. Esa es la base de cualquier proyecto y de cualquier aventura. Cuando no hay quién te diga “Tú no puedes...”

La noche y el silencio se apoderaron de pronto del ambiente en esa recámara. La última palabra que escuchó Pablo antes de caer dormido —tras ese enorme esfuerzo— fue “aventura”. Algo en esas ocho letras funcionó como un arrullo. Su padre tuvo oportunidad de regresar el favor que había recibido horas antes: lo sostuvo en sus brazos mientras su madre le daba un beso en la frente y así permanecieron hasta que Pablo emprendió su viaje hacia el sueño.

CAPÍTULO 2 ¡Es mi cumpleaños!

—Es el día... ¡Ya es de día! —dijo Pablo y dio un salto fuera de su cama.

Ese día no era como los demás. Cada mañana lucha por escapar de las cobijas azules y blancas como un profundo cielo de invierno. Sus cobijas favoritas lo hipnotizan con su comodidad de nube y no lo dejan levantarse: son un enemigo de respeto.

Si hay algo en la vida que le gusta a Pablo es dormir. Mejor dicho: lo que a Pablo le gusta es soñar, y para soñar debe estar dormido. Aunque daba la impresión de que siempre tenía pereza, Pablo no sabía aún cómo soñar despierto. Por eso pasaba el mayor tiempo posible descansando, con los ojos cerrados, en espera de ese momento emocionante en el que el siguiente sueño iniciara. Era como esperar en la sala de un cine, en completa oscuridad, a que la película empezara. Al menos hasta que su mamá tocaba a su puerta para apresurarlo. ¡Eso funciona siempre!

Pero hoy, al menos, a Pablo le bastó abrir los ojos para escapar de las cobijas y saltar fuera de la cama. No era un día normal. Por si las dudas, corrió hasta cruzar la habitación, esquivó de un salto su colección de autos de juguete regada por el piso, evitó a sus soldados y tomó sus pantuflas. Corrió a consultar el pequeño calendario de hojas desprendibles que había guardado desde hacía casi un año, con una fecha marcada. Todo estaba en orden. Al menos nada había cambiado mientras dormía.

—¡Hoy es 13 de diciembre! —gritó Pablo mientras arrancaba la hoja del calendario—. ¡Hoy es mi cumpleaños!

Botó el papel por los aires y corrió a verse al espejo. “¡Ya tengo nueve años!” —pensó mientras se miraba al espejo como si buscara la diferencia entre un niño de ocho y un niño nueve años—. “Hoy todo se va a poner genial. Voy a tener pastel y me van a felicitar mis papás, y me van a dar muchos regalos. Va a ser el mejor cumpleaños. ¡Hoy todo será un éxito!”.

Poner esa palabra en su mente creó un eco y al mirarse en el espejo, completó el recuerdo: arduamente rememoró los instantes del sueño que había tenido un par de días atrás, como piezas de un rompecabezas que ahora tomaba forma.

Además, recordó que la noche anterior, cuando sus papás lo mandaron a dormir, los escuchó discutir. Estaba tan emocionado por su cumpleaños que no pudo dormir y decidió salir a escuchar mejor lo que sus padres decían. Ellos discutían casi a gritos. Hablaban de números, dinero y gastos, pero Pablo no entendió mucho. Lo que sí entendió fue algo que su padre comentó; algo que llamó su atención, porque el tono que utilizó fue el mismo que usaba para reprenderlo cuando su boleta tenía malas calificaciones. Lo que su padre dijo fue: “Sólo quiero lo mejor para ustedes, y para conseguirlo necesito encontrar el éxito”. Después de eso, no dijeron más, o quizá Pablo no los escuchó porque de inmediato se quedó mirando el techo y su emoción se volvió curiosidad. “¿Qué cosa será el éxito?”, pensó. Llevó y trajo esa pregunta dentro de su mente muchas veces, hasta que de pronto se quedó dormido.

Pero a la mañana siguiente, Pablo se descubrió frente al espejo repitiendo esa palabra cuando dijo: “Todo va a ser un éxito”. La curiosidad lo atacó de nuevo. “¿Qué querrá decir papá con eso de tener éxito? ¡Ya sé! Le preguntaré a Matías, seguro que él sabe”.

Matías era el mejor amigo de Pablo. Había estado junto a él siempre que lo necesitó y ahora no sería la excepción. Pablo se vistió lo más rápido que pudo y salió al jardín a buscarlo. Después de todo, era su cumpleaños. Estaba seguro de que Matías estaría cerca, pero no lo encontró. Pablo regresó a su cuarto algo sorprendido, pero apenas cruzó la puerta, vio a Matías frente al espejo, acomodándose una gorra de beisbol que parecía nueva.

—No me veo nada mal hoy, ¿verdad, Pablo? ¿Te gusta mi gorra?

Pablo no respondió y fue a darle el más fuerte abrazo que un mejor amigo de nueve años puede darle a otro mejor amigo de nueve años cuando lo necesita. Sin embargo, Pablo no se notaba tan alegre como Matías hubiera esperado.

—¿Qué pasa, Pablo? ¿No te da gusto cumplir años? ¡Felicidades!

—¡Claro! —respondió Pablo poco convencido—. Es que anoche escuché a mis papás hablar y dijeron algo que no entendí... ¿Tú sabes qué cosa es el éxito, Matías?

Los ojos de Matías eran grandes de por sí, pero con la pregunta de Pablo, se abrieron tanto que parecía que lo eran aún más.

—Claro, Pablo... —dijo Matías con una risa algo nerviosa— tener éxito es... Pues... ¡Ser exitoso!

Ambos rieron. La respuesta de Matías no parecía muy convincente.

—Tú no sabes nada —dijo Pablo entre carcajadas—. En serio, Mati. Mi papá se escuchaba preocupado por eso del éxito. A lo mejor yo los puedo ayudar, ¿no?

—¡Yo te ayudo! Tengo una idea: podemos averiguarlo, ¿no?

—¿Cómo detectives? —dijo Pablo, quien ahora tenía los ojos como plato—. ¡Sí! Vamos a investigar qué cosa es el éxito.

—Pero yo tenía un regalo para ti, Pablo. Por eso vine antes que nadie a felicitarte. ¿No lo quieres? Además, ahora que lo pienso, ese regalo podría ayudarnos en nuestra aventura.

—¡Sí! ¡Regalos! ¿Dónde lo tienes, Mati? —dijo Pablo mirando hacia todos lados—. ¿Lo escondiste, verdad? Anda, dime qué es.

—Lo tengo aquí dentro —dijo Matías señalando su cabeza. Se quitó su gorra y sacó de ella una hoja doblada, como un mago que saca de su sombrero el mejor de sus trucos.

—Es un cuento, Pablo. ¡Toma!

—¿Un cuento? —contestó Pablo, con cierta decepción—. ¿En serio? ¿Un cuento?

—Sí, me lo contó ayer un amigo y lo escribí para ti. Te va a gustar. Trata de un reino de ciegos y un elefante. Mira, te lo leo...

Érase una vez un reino de ciegos en el que todas las personas vivían felices, pero había algunos que vivían más felices que otros. Por ejemplo, el rey y sus cuatro hijos eran los ciegos más felices del lugar.

Los días eran buenos y pasaba el tiempo sin sorpresas en el reino, hasta que un domingo por la tarde, un mensajero interrumpió la cena del rey con una noticia: mañana llegaría al reino un gran regalo de un rey al otro lado del mundo: un elefante. El rey pidió la atención de sus hijos para contarles.

Cuando ellos escucharon la palabra “regalo”, brincaron de alegría. Amaban los regalos. Después de unos momentos de completa algarabía, uno de ellos le dijo al rey: “Pero, ¿qué es un elefante?”. Todos soltaron una enorme carcajada, menos el rey. El rey sabía qué era un elefante y pensó que sus hijos debían saber también. “Qué regalo más oportuno”, dijo. Mañana, hijos míos, irán a la puerta del reino a conocer lo que es un elefante. Y volverán y me contarán. Entonces, todos sabremos qué es un elefante y podremos reírnos mucho más todos juntos”.

Y así fue, a la mañana siguiente, los cuatro príncipes del reino de los ciegos estaban tan emocionados y felices por conocer al elefante que apenas pudieron dormir. Al amanecer ya estaban listos para ir en la diligencia hasta la puerta del reino.

Cuando llegaron, el elefante ya estaba ahí. El primero en acercarse fue el hijo menor. Su prisa no lo dejó pensar en cómo acercarse a algo que no conocía. Apenas alcanzó a tocar la cola del elefante, pero eso le bastó para pensar: “¿A esto le llaman elefante? ¿Una palabra tan fuerte, tan poderosa como e-le-fan-te para nombrar un plumero? ¿Un elefante es un plumero? Y, además, roto. Esto no sirve, es muy frágil. El rey no estará complacido con su regalo”.

El siguiente en acercarse chocó su cabeza con el vientre del elefante, pero al instante se dio cuenta de que era algo extraordinario: “No tiene soporte”, pensó. “¡Qué cosa más extraña y fabulosa es esto! ¡Este regalo flota! ¡Es una maravilla! Ahora entiendo la felicidad del rey ayer. Ya quiero ir a decirle lo mágico que me pareció estar cerca de un elefante”.

El tercer príncipe iba dando pasos lentos, pero seguros. Al percibir la pata del elefante frente a él, se acercó, la tocó con cuidado y cuando estuvo seguro de lo que tocaba, le dio tanto gusto que hasta lo abrazó. “Un elefante es un árbol”, se dijo. “¡El tronco de un árbol! Tan firme, tan asentado en su lugar en el mundo. Qué confianza me da abrazarlo. Siempre es bueno tener algo tan firme cerca”.

El mayor de los príncipes fue el último en acercarse, aunque no lo necesitó mucho, porque al extender la mano, fue la trompa del elefante la que lo alcanzó a él. “¿Un elefante es una manguera?” —pensó—. “¡Vaya! Quizá no sea una maravilla, pero le será útil al reino. Aunque no entiendo para qué ponerle por nombre ‘elefante’ a una manguera”. En eso pensaba cuando, al intentar regresar a la diligencia, dio un giro y sintió un repentino ardor en el brazo. El colmillo del elefante había logrado hacerle daño sin que el animal se moviera. Sin embargo, el príncipe se alarmó de inmediato: “Un elefante es algo peligroso. Será mejor no subestimarle. Podría ser algo que ocasione daños muy graves. Estoy seguro de que el rey no sabe esto de su regalo. Debo informarle de inmediato”.

Y fue así que los cuatro príncipes del reino de los ciegos regresaron lo más rápido posible a compartir sus conclusiones acerca del elefante. Al llegar, cada uno le describió al rey lo que habían conocido, pero cada uno le describía un objeto distinto y hablaban todos al mismo tiempo.

Cansados y molestos, los príncipes ciegos comenzaron a discutir, entonces, el rey les reveló el verdadero regalo. “Ésta es una lección —les dijo—. Y cada uno parece haberla aprendido de manera distinta. Ahora quiero revelarles el verdadero regalo: lo que ese elefante significa es la vida. Para unos, la vida puede ser una palabra con un profundo sentido, pero muy frágil. Para otros. Puede ser ligera, mágica e increíble, algo que merece la pena contarse. Algunos más pensarán que la vida es algo sólido y firme; algo a lo que podemos aferrarnos con un abrazo. Y otros más pensarán que la vida es algo sorpresivo y peligroso; algo de lo que hay que tener precaución. Mi regalo es la perspectiva. Ahora saben que nada se conoce por completo si sólo se

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

